

En una de las cajas de plástico estaba la cabeza de un bebé. En otra caja estaba el pie derecho de un niño, cortado en tres partes. Había dos cajas más con pedazos de piel tatuada y, en la última, estaba un corazón humano. Las cinco cajas de plástico fueron embaladas en tres paquetes, dejados en los correos del Centro Comercial MBK, junto a Siam Square, y dirigidos a tres direcciones de Las Vegas —Eugene Johnson, 3070 W Post Road; R. Jene, 2697 Ruthe Duarte Avenue; y Ryan Edward McPherson, 2913 Bernardo Lane. Estos pedidos fueron despachados como “juguetes para niños”, pero no lograron salir de Bangkok.

LOS OJOS DEL PÁJARO eran dos puntos clavados en el negro absoluto —como si existiese una noche enorme detrás de ellos, como si aquellos pequeños puntos fuesen la única comunicación entre este mundo y aquella noche infinita. En el interior de la jaula, el pájaro no tenía para dónde huir del miedo —todos sus instintos estaban contrariados, y su experiencia no le daba garantía de lo que iba a suceder. Yo sostenía la jaula con las dos manos, era de madera ligera. Su peso contenía el propio pájaro —gramos de pánico. Alrededor, todo era mucho más pesado —los bloques de piedra del templo Wat Traimit, muros de piedra,

escalones de piedra que llegaban allá arriba, al altar del Buda de Oro, Phra Maha Suwan Phuttha Patimakon, la mayor estatua de oro macizo del mundo, cinco toneladas y media. Hasta el aire era pesado —espeso, húmedo, caliente como sopa, como tono yam picante, hierba príncipe—, hasta el cielo era pesado. El humo del incienso subía al cielo, se mezclaba con él, se teñía. Bangkok entera subía al cielo —avenidas llenas de tránsito, millones de voces. El templo Wat Traimit se encontraba en Chinatown, en el centro de un laberinto. La única salida, me parecía, era el cielo. Abrí la puerta de la jaula. El pájaro se encogió durante unos instantes, con miedo del firmamento, conociendo su tamaño mejor que yo. Y, de repente, salió disparado. No le dio tiempo a Makarov de tomar la fotografía. Yo le pedí a Makarov que tuviera la cámara preparada para registrar el instante en que yo soltara al pájaro —liberador vanidoso de pájaros—, pero ese segundo pasó demasiado deprisa. Sólo conseguimos levantar el cuello y verlo desaparecer. En el budismo tailandés, la idea de karma dio origen a la idea de hacer mérito. La idea de hacer mérito dio origen a la liberación de pájaros. La liberación de pájaros genera un efecto positivo que, más tarde, regresará a su autor. La lógica sufre una distorsión cuando se sabe que, antes, esos pájaros eran libres. Fueron capturados y apresados sólo con el propósito de ser vendidos —a cien *bahts*— y liberados. Pero en aquel momento, yo no pensaba en eso.

3

TODAVÍA SOY CAPAZ DE SENTIR EL OLOR de la tienda del señor Heliodoro. Subía el escalón y daba un paso en su interior —artículos para toda la familia, apilados en el piso, ordenados en estantes, suspendidos del techo por cuerdas, expuestos en vitrinas de vidrio que el señor Heliodoro abría con una llave. La tienda olía a la mezcla de muchas piezas nuevas, a sus colores —rodillos de tejido que medía con un metro de madera, baldes, escobas, fregaderos de paja de acero, juguetes de Navidad, tubos de pegamento, tijeras, calzones, cordones, moldes para pasteles. Poco a poco, las mujeres comprobaban el ajuar de sus hijas en la tienda